

Chapter Title: INTRODUCCIÓN

Chapter Author(s): Gabriela Merlinsky and Paula Serafini

Book Title: Arte y ecología política

Book Author(s): Gabriela Merlinsky, Paula Serafini, Silvana Buján, Eduardo Molinari, Azul Blaseotto, Aurelio Kopainig, Julia Mensch, Pablo D'Alo Abba, Abelardo Cabrera, Juan Pablo Lepore, Yasmín Dávalos, Felipe Gutiérrez Ríos, Iconoclasistas, Julián Pellegrini, Anahí Méndez, Gabriela Massuh and Florencia Tola

Book Editor(s): Gabriela Merlinsky, Paula Serafini

Published by: CLACSO, Instituto de Investigaciones Gino Germani. (2020)

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/j.ctv1gn3t37.3>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at

<https://about.jstor.org/terms>



This book is licensed under a Creative Commons Attribution-ShareAlike 4.0 International License (CC BY-SA 4.0). To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/>.



JSTOR

CLACSO, Instituto de Investigaciones Gino Germani are collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Arte y ecología política*

Gabriela Merlinsky y Paula Serafini

INTRODUCCIÓN

LA ECOLOGÍA POLÍTICA Y LOS MALESTARES DEL EXTRACTIVISMO

La ecología política combina la economía política, la historia ambiental y diferentes enfoques de las ciencias sociales para dar cuenta de relaciones de poder que caracterizan los conflictos ambientales y que dan forma al surgimiento de diferentes demandas sociales y acciones colectivas.

La ecología política latinoamericana se destaca por su interacción con los movimientos sociales para cuestionar y construir alternativas frente a las desigualdades ambientales, sociales, políticas y territoriales. En ese sentido, ha aportado a la construcción de agendas sobre justicia ambiental, soberanía alimentaria, autodeterminación de los pueblos, debates sobre el buen vivir y la discusión sobre los extractivismos, entre otros temas. Por lo tanto, es preciso entender que la ecología política no es solo un área de estudios, sino también un campo que incluye las múltiples formas de acción colectiva en torno a conflictos ambientales y territoriales, entre ellas las diferentes expresiones artísticas que se comparten en este libro.

Como señalaba Héctor Alimonda (2011), es importante entender la persistente colonialidad que afecta a la naturaleza latinoamericana. Tanto como realidad biofísica (su flora, su fauna, sus habitantes humanos, la biodiversidad de sus ecosistemas) como su configuración territorial (la dinámica sociocultural que articula esos ecosistemas y paisajes) aparece ante el pensamiento hegemónico global y ante las

elites dominantes como un espacio subalterno, que puede ser explotado, arrasado, reconfigurado, según las necesidades de los regímenes de acumulación vigentes.

La ecología política latinoamericana trae al centro de la discusión el análisis de las formas específicas y subordinadas de organización de las relaciones sociales, políticas y la estatalidad en esta región del mundo. En los trabajos que dan vida a este libro hay un diálogo entre arte y activismo que hace espacio a ese debate. Esto permite dar visibilidad a objetos y sujetos que tienden a verse excluidos de los marcos consensuales de percepción y busca subvertir la experiencia de un continente que, a partir de las empresas coloniales, ha ocupado un lugar central en la construcción de la idea de modernidad.

Desde comienzos del presente milenio, tanto en Argentina como en otros países de América Latina se han multiplicado las expresiones de descontento en torno a diferentes procesos de apropiación intensiva de la naturaleza que tienen impactos ambientales en la biodiversidad, en la calidad del agua, la fertilidad de la tierra y en la preservación de los ecosistemas. Una sostenida alza de precios de las materias primas (el denominado “boom de los *commodities*”), permitió un crecimiento histórico de buena parte de las economías de los países latinoamericanos. Esto signó a los recursos naturales no solo como motor económico sino como sostén de sus políticas; de este modo, el extractivismo se ha vuelto una parte integrante del proceso de acumulación del capital. Lo cierto es que las acciones colectivas que reclaman por las consecuencias de estos procesos de apropiación intensiva de la naturaleza han aumentado exponencialmente y, entre otros aspectos, se reclama por el desplazamiento masivo de actividades preexistentes y los efectos sobre la calidad de vida y la salud de trabajadores y trabajadoras rurales, campesinado, población indígena y grandes contingentes de las clases populares y medias de las grandes ciudades (Merlinsky, 2017).

Estas expresiones, que han ganado la calle y se manifiestan en el espacio público, abren debates en torno a los supuestos beneficios del desarrollo. ¿Cuál es el impacto de diferentes actividades extractivas en diferentes entramados de la vida? ¿De qué manera estas actividades producen alteraciones irreversibles en el territorio? Estas preguntas impulsan diversas acciones colectivas, abren procesos de cambio, aportan a una reinención de lo común, producen formas variadas de experimentar el territorio, las cuerpos y los lazos entre múltiples naturalezas (Merlinsky, 2018).

La apropiación intensiva de la naturaleza refiere a un proceso económico que se destaca por la explotación de grandes volúmenes de recursos naturales a un ritmo acelerado incompatible con los tiempos de reposición de los ecosistemas. Su expansión extraordinaria en

América Latina implica grandes flujos de valor de cambio condensados en rentas diferenciales a escala mundial que reportan ganancias siderales al capital concentrado. La finalidad principal es propiciar la exportación de materias primas para abastecer a países centrales y emergentes, un proceso que también ha sido definido como la “maldición de los recursos”, en virtud de que hace más volátil las economías latinoamericanas, considerando que la creciente especialización en productos extractivos implica una mayor vulnerabilidad a la oscilación de los precios internacionales.

El uso intensivo de bienes comunes como el agua, los minerales, la tierra, en fin, usos del suelo y el territorio, implica rentas extraordinarias para grandes corporaciones internacionales e incentiva comportamientos en los que las élites económicas y políticas locales se orientan a la captura de éstas. Así, el extractivismo es también un fenómeno de carácter político que genera graves problemas para la democracia. En los territorios extractivos se crean nuevas legislaciones –o bien estados de excepción– que cercenan derechos laborales y que incluso pueden bajar los pisos de protección ambiental. Cuando estas estrategias políticas son más agresivas, se producen verdaderas “zonas de sacrificio”, territorios de economías de enclave con pocos efectos multiplicadores y en los que el orden global –que implica la primacía de los intereses de las industrias extractivas– domina sobre la escala local. Esto puede llevar a graves violaciones de derechos humanos con el propósito de silenciar las voces de las lideresas y líderes ambientales.

En Argentina, estos procesos tuvieron un auge en la década de los noventa y se intensificaron con el comienzo del nuevo milenio, particularmente desde 1996, cuando se consolidó la orientación hacia una economía exportadora basada en el agronegocio a partir de la autorización de la producción y comercialización de la semilla y productos derivados provenientes del primer organismo vegetal genéticamente modificado: la soja tolerante al glifosato *Roundup Ready* comercializado por la multinacional Monsanto. Para captar la magnitud de este proceso alcanza con decir que de un total de casi 40.000.000 de hectáreas sembradas a nivel nacional en la campaña 2016/17, la soja y el maíz representaron el 67% del área agrícola total (Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca, Presidencia de la Nación). La expansión de la frontera agrícola de monocultivo se completa con la expansión de la minería de oro y plata, la extracción de litio, diferentes proyectos de represas en la Patagonia, la explotación petrolífera y, más recientemente, la incorporación de la técnica de la fractura hidráulica para extraer hidrocarburos no convencionales.

En las grandes ciudades, los procesos de apropiación intensiva de recursos naturales y bienes comunes están asociados a los usos

especulativos del suelo urbano y a la mercantilización de los servicios colectivos. Como señala Henri Lefebvre (1991), la ciudad ocupa un lugar estratégico en el proceso de acumulación capitalista, dado que la producción y los servicios –y también la vivienda y el espacio público– son objeto de rentabilidad; de ese modo, el agua, los impactos de la contaminación, las inundaciones, el déficit en servicios de transporte y saneamiento así como servicios educativos y de salud se vuelven escenarios privilegiados de confrontación social.

En las grandes ciudades de América Latina, la liberalización de los mercados del suelo, la concentración del capital inmobiliario con gran capacidad de gestión financiera –con el beneplácito de los gobiernos locales– y la irrupción de inversiones para el desarrollo de megaproyectos con alto impacto territorial (Pintos y Narodowski, 2012) produce consecuencias irreversibles en las áreas de reserva ambiental (el ejemplo del Delta del Río Paraná es muy elocuente), al tiempo que genera desplazamientos de la población de bajos ingresos hacia sitios de alta degradación ambiental.

Es la mayor exposición a los riesgos ambientales lo que implica impactos en la salud, una de las razones poderosas que explica la importancia que asumen los movimientos por la justicia ambiental en los centros urbanos. Se reclama por el derecho a la ciudad, entendido como una forma de reconocimiento a todos los ciudadanos y ciudadanas de poder disfrutar de los beneficios de la vida urbana, algo que hace referencia a diferentes ámbitos de organización de la vida social, desde la salud, educación, vivienda, alimentación, transporte hasta el trabajo y el ocio.

Los conflictos ambientales abren disputas en torno a la disyuntiva entre valor de uso y valor de cambio, entre defensa de la vida y devastación del territorio, entre la salud y la rentabilidad, entre los derechos territoriales indígenas y la frontera extractiva. En estos escenarios se despliegan nuevos formatos de acción colectiva que ponen en cuestión diferentes concepciones sobre la democracia y su sentido para la defensa de lo común. Los conflictos muestran que el ambiente es ontológicamente plural, porque desafían la concepción de la naturaleza como “recursos disponibles” para nuevos proyectos. Habitualmente las empresas y gobiernos utilizan un lenguaje económico que se refiere a un análisis costo-beneficio con todas las externalidades traducidas a dinero, y a partir de una evaluación de impacto ambiental que permitirá decidir la viabilidad del proyecto. Sin embargo, como ha señalado Joan Martínez Alier,

los afectados, aunque entienden el lenguaje económico y aunque piensen que es mejor recibir alguna compensación económica que ninguna, acuden a otros lenguajes que están disponibles en

sus culturas. ¿Vale argumentar en términos de la subsistencia, salud y bienestar humanos directamente, o hay que traducirlos a dinero? ¿Cuál es el valor estético de un paisaje, no traducido en dinero sino por sí mismo? ¿Cuánto vale la vida humana, no en dinero sino en sí misma? Son preguntas que nacen de la observación y participación en conflictos ambientales en diversos lugares del mundo (Martínez Alier, 2004: 17).

Un elemento decisivo para que estos conflictos salgan a la luz y tengan repercusión pública es el cambio en su escala de influencia, es decir, cuando se transforman en cuestiones políticas que van más allá del ámbito inicial en que los afectados hicieron público el reclamo. Como veremos, las prácticas artísticas pueden ser herramientas poderosas para aumentar la escala de influencia de los conflictos ambientales.

PRÁCTICAS ARTÍSTICAS Y ECOLOGÍA POLÍTICA

En este libro prestamos atención a diferentes modos de expresión del descontento, entendiendo que las cuestiones que están en juego en los conflictos ambientales son trascendentes para pensar nuestro mundo en común y la defensa de lo común. Mientras que algunos sectores enmarcan la lucha en términos de derechos territoriales, como es el caso de comunidades mapuche en Neuquén –que se oponen al *fracking* no sólo por tratarse de un problema ambiental sino porque también vulnera sus derechos territoriales–, otros enfatizan el derecho al agua y los impactos sobre la salud y hay quienes se oponen a los modelos centralistas de intervención del estado. Algunos grupos adquieren una postura anticapitalista, mientras que otros enfocan su crítica a las múltiples desigualdades sin enfatizar una posición política unificada.

Por otra parte, en tanto las dinámicas económicas extractivas producen cambios no solo en las relaciones económicas locales sino también en las relaciones de género, esto da lugar a la emergencia de feminismos territoriales y ecofeminismos. Se critica la reproducción de binarismos jerárquicos, como femenino/masculino y cultura/naturaleza, así como sus valoraciones asociadas. Por esa misma razón, se lucha contra la invisibilización de las mujeres en las actividades económicas, laborales y de cuidado que suelen ser aún más extenuantes en los territorios extractivos. Allí donde el cuerpo de las mujeres se cosifica y los ámbitos comunitarios están amenazados por daños y riesgos ambientales colaterales, como la contaminación de aguas y tierras, es donde surgen valerosos movimientos de mujeres en lucha.

En Argentina, las formas de resistencia a estos modos de apropiación intensiva de la naturaleza fueron ganando mayor visibilidad a partir del año 2003, cuando la Asamblea de Vecinos Autoconvocados

por el “No a la mina” de Esquel, en la provincia de Chubut, logró el cierre de un proyecto de extracción de oro, así como la sanción de una ley que prohíbe el uso de cianuro y la actividad minera a cielo abierto. Esta experiencia fue escalando hacia otros conflictos en las provincias cordilleranas y también fue el antecedente de un movimiento de oposición a las plantas de celulosa en el río Uruguay.

En la actualidad se destacan las movilizaciones de vecinos de pequeñas localidades enclavadas en la zona de producción sojera en el centro y norte del país, las que plantean sus demandas en términos de un incipiente movimiento de justicia ambiental. Se destacan también una serie de acciones y reclamos en las grandes ciudades en las que se enmarcan en el derecho a la ciudad, donde no sólo se reclama por el acceso a servicios esenciales como agua y saneamiento o por la contaminación de las cuencas, sino que también se defienden espacios comunes como los humedales, bosques y áreas de reserva natural.

En los textos que componen esta obra se aportan reflexiones en torno al papel de las prácticas artísticas en la producción de subjetividades, a partir del entrecruzamiento y retroalimentación con estas diferentes formas de acción colectiva surgidas al calor de los conflictos ambientales. Interesa observar el modo en que diferentes experiencias de prácticas artísticas y activismo artístico idean nuevos modos de vida para oponerse a formas de naturalización que niegan la crisis ambiental y que asimismo promueven formas de silenciamiento en torno a las consecuencias del extractivismo. Estas experiencias se apoyan en un movimiento que tiene lugar en Argentina desde finales del siglo XX y comienzos del presente, en el que los colectivos artísticos, movimientos sociales y culturales buscan instalar en la sociedad significaciones y sentidos que transgredan lo instituido y legitimado (Longoni, 2014). Estas prácticas se proponen abrir espacios para hacer visible lo invisible y para crear fisuras en el discurso dominante a través del entrecruzamiento entre el arte y la política.

El encuentro entre los movimientos artísticos y las resistencias al extractivismo da cuenta de una significación común que refiere a entender el arte y practicar la política como la creación de nuevos conceptos de vida. Desde la irrupción del feminismo hasta la emergencia de un movimiento de jóvenes por el clima, desde los reclamos de las asambleas contra la minería en las provincias cordilleranas al reclamo de las madres de pueblos fumigados, son estas acciones colectivas –entre otras– las que abren espacios para dar cuenta de entramados entre lo humano y los otros-que humanos (De la Cadena, 2015). Cuando las prácticas expresivas y comunicacionales van al encuentro con el arte, la resistencia se nutre de nuevos modos de defender la vida y de recrear los lazos de la vida. Aquí se ponen en juego relaciones sociales,

de poder, regímenes de acumulación y, de manera muy singular, diferentes entramados simbólicos.

En lo que refiere a las prácticas de reconocimiento, un elemento común en las acciones colectivas de resistencia al extractivismo es la búsqueda de formas autónomas de expresar el disenso. Si, como hemos visto, el extractivismo también es una forma extrema de descaracterización de la democracia, el problema que está en la base es que los grupos que reclaman no tienen canales para expresar sus puntos de vista. En ese sentido, el elemento deliberativo que debiera orientar las cuestiones de interés colectivo queda pervertido, al ser los/as ciudadanos/as excluidos de los procedimientos para la toma de decisiones. Con frecuencia escuchamos decir a los y las manifestantes que no se los consultó sobre las actividades o daños al ambiente y que tienen derecho a decidir: no aquí, no en mi territorio.

El reclamo por justicia ambiental es un pedido de reconocimiento en la medida en que estos públicos subalternos y espacios públicos no institucionales creados por los colectivos no son tomados en cuenta por las autoridades y el estado. Las múltiples identidades de los grupos no son reconocidas y están sujetas a discriminación racial, desvalorización y marginalización. Por esa razón, las mujeres tienen un lugar central en las luchas sociales y en los procesos de autoorganización colectiva. Las mujeres son las primeras en reaccionar contra la falta de reconocimiento de derechos. La “feminización de las luchas”, que se intensifica a partir de la segunda mitad del siglo XX e inicios del siglo XXI, viene de la mano del protagonismo de mujeres de sectores populares y medios. Esto se observa en las trayectorias de lucha de las Madres de Plaza de Mayo, las Mujeres Agrarias en Lucha, las Madres del Dolor, la Marcha Mundial de la Mujeres y las luchas emblemáticas como la de Berta Cáceres, entre tantas otras. En la actualidad, son las mujeres de las organizaciones indígenas, de los movimientos socioambientales y de diferentes organizaciones de base las que ponen su cuerpo en el territorio (las cuerpos), quienes juegan un papel central en las luchas antiextractivistas y por la defensa de los comunes.

Lo común no refiere solamente a un conjunto de bienes, sino también a aquellos ámbitos o espacios del entorno natural y social de los que depende la subsistencia y la seguridad. Si los bienes comunes son relaciones sociales, cuando adquieren visibilidad a través del arte se vuelven creaciones que buscan recrear aquello que está fuera de toda propiedad. Cuando en Argentina las asambleas en contra de la minería afirman que “el agua vale más que el oro”, están haciendo referencia a prácticas de defensa de lo común. Las exploraciones en torno al arte y la política que se presentan en este libro apuntan también a la construcción de una razón política alternativa (Laval y Dardot, 2015) que

no se satisface únicamente con una resistencia defensiva al poder, sino que es capaz de proponer y de producir nuevas ideas y nuevas reglas que permitan mejorar la calidad de vida de humanos y no humanos. Lo común no es solo un conjunto de bienes, sino un ámbito de construcción, reinención y creación de reglas para una vida en común.

En tanto el arte es una herramienta poderosa para la transformación de subjetividades a nivel individual y colectivo, nuestro argumento central es que las prácticas que entrelazan el arte y el activismo aportan nuevos sentidos para pensar esas razones políticas alternativas.

Jacques Rancière (2010) propone el disenso como la encarnación del accionar político de las masas. El disenso, sugiere el autor, es el acto por medio del cual se quiebra el consenso del régimen democrático en el que la política es percibida como un campo reservado para una elite. En el acto del disenso se expone la jerarquía arbitraria de la sociedad y se reconfigura la experiencia común de lo sensible, así como la posición y capacidad de participación en dicha experiencia que tienen los distintos actores en una sociedad. En este contexto, plantea Rancière, el arte constituye sus propias formas de disenso. Las prácticas artísticas no sólo son construcciones simbólicas que ofrecen un reflejo o una crítica de la sociedad, también son experiencias que contienen la posibilidad de intervenir directamente en la arena política.

Sin entrar en detalle en los debates sobre autonomía del arte *versus* prácticas sociales o arte-activismo –dónde se discute la posición del arte en la sociedad y su rol como práctica estética y/o ética– coincidimos con otro/as autores/as (entre ellos/as, Demos, 2016 y Rosauero, 2018) en nuestro entendimiento de que las prácticas artísticas ecologistas y antiextractivistas más interesantes hoy son las que articulan con otros espacios, formatos y saberes más allá de la galería o el museo, y desdibujan los límites entre, por ejemplo, arte, activismo, investigación, ciencia y pedagogía. Estas prácticas no renuncian necesariamente a su lenguaje estético o estatus artístico (aunque algunos colectivos sí adquieren una postura explícitamente antiarte), sino que se valen también de otros mecanismos, lenguajes y formas de intervención en procesos sociales y políticos.

PRÁCTICAS ARTÍSTICAS Y ACCIÓN COLECTIVA

Que el arte y la cultura tengan un papel importante en las distintas expresiones de acción colectiva no es un fenómeno nuevo, como tampoco lo es su estudio (Alvarez, Dagnino y Escobar, 1998). En Argentina y América Latina se pueden identificar casos emblemáticos en los que el arte toma un rol protagónico en la acción política, desde los históricos muralistas Mexicanos a los *siluetazos* en espacios públicos durante la dictadura cívico-militar de 1976-1983 en Argentina (Longoni y

Bruzzone, 2008), o los *graffiti* y la *performance* feminista de los grupos Mujeres Creando y Mujeres Creando Comunidad en Bolivia (Gómez-Barris, 2017). La investigación del arte en sus distintas expresiones es esencial para la comprensión de la acción colectiva, dado que tiene la capacidad de cumplir múltiples funciones dentro de un movimiento.

En primer lugar, el arte es un vehículo importante en la creación de narrativas. Las narrativas que se generan alrededor de aquello que es objeto de oposición, los objetivos colectivos y la forma de generar cambio tienen un rol crucial en la manera en que los movimientos y organizaciones se representan a sí mismos, tanto internamente como externamente (Eagleton, 2013; Polletta, 1998). La acción colectiva produce narrativas que interrumpen discursos hegemónicos y ofrecen otras visiones sobre el mundo; de este modo, el arte brinda herramientas para anticipar ese mundo alternativo. Las artes plásticas, por ejemplo, permiten su visualización, mientras que las artes escénicas, por otro lado, dan lugar a la performatividad de las narrativas (Butler, 1995; Pal, 2010). En Argentina, como en otros países de América Latina, observamos que las prácticas artísticas contribuyen, en sus procesos y en las narrativas que introducen, a repensar el sentido de conceptos clave en las luchas ecologistas como por ejemplo esta idea de lo común (Merlinsky y Serafini, 2019).

En segundo lugar, las prácticas artísticas –y en particular aquellas de carácter comunitario y participativo– son importantes para la creación y el mantenimiento de las identidades colectivas. Esto conduce a la creación de espacios de construcción colectiva donde las narrativas, objetivos y modos de representación son pensados, negociados y desarrollados en conjunto por los y las participantes de una agrupación o movimiento. Expresiones como los murales colectivos, los festivales y la danza abren ámbitos de construcción y consolidación de lazos sociales (Bang y Wajnerman, 2010). Se trata de “prácticas dialógicas” (Kester, 2004), que permiten a distintos actores compartir conocimientos y experiencias, y crear nuevos conocimientos en conjunto. Se prioriza el proceso y las relaciones que se generan entre los y las participantes por encima del resultado. Este es el caso no sólo de prácticas de carácter artístico, sino también de otras formas de creación colectiva como los medios comunitarios (Serafini, 2018a).

A la vez que el arte cumple un rol fundamental en la faceta interna de la acción colectiva, como son los procesos de identidad colectiva, también tiene una función clave en su faceta externa. Las prácticas artísticas contribuyen a las estrategias comunicativas de distintas maneras. En un primer lugar, la incorporación de elementos visuales y escénicos en eventos públicos como son las marchas, manifestaciones y ocupaciones, contribuyen a la visibilización de los conflictos y las demandas que surgen de éstos. Dichas expresiones tienen el potencial

de capturar mensajes o demandas a través de las imágenes, el uso de símbolos y de recursos estéticos llamativos, algo que favorece la difusión de los eventos. Por otro lado, el arte puede trabajar en conjunto con herramientas pedagógicas para abrir espacios de comunicación y de aprendizaje. Las prácticas artísticas generan distintas formas de representación que abren interrogantes, y de esta manera pueden actuar como disparadores de nuevas ideas y perspectivas sobre un tema. Asimismo, la invitación a participar en una actividad artística puede resultar en un primer acercamiento a la actividad política, interpelando a los sentidos y a la capacidad creativa inherente a todos y todas.

En conexión con la creación de narrativas, otro rol del arte en la acción colectiva es que facilita formas de memorialización (Longoni, 2010). Las manifestaciones artísticas y políticas en el espacio público son esenciales para la inscripción de narrativas en el imaginario popular (Schindel, 2009), muchas veces contrarrestando construcciones históricas hegemónicas. El proceso de memorialización tiene lugar en el ahora de los movimientos; es a la par de su desarrollo que ciertas ideas, narrativas e imágenes (por caso, fotografías icónicas de manifestaciones) comienzan a inscribirse en nuestra memoria y a formar nuestra visión de los conflictos.

La última –y quizás más importante– manera en que el arte contribuye a la acción colectiva, es a través de su potencial para activar la imaginación. En el estudio de los movimientos sociales y formas de acción colectiva recientes se popularizó el concepto de *prefiguración*, tanto en su dimensión ética como en su carácter de práctica social. Prefiguración refiere a la implementación en el presente de las estructuras, lazos sociales y procesos que un grupo o movimiento imagina como base de una sociedad futura (Maeckelbergh, 2011). Son característicos de la práctica prefigurativa la horizontalidad (concepto desarrollado en la Argentina post-crisis de 2001 y popularizado en los movimientos de izquierda de Europa y Estados Unidos), la toma de decisiones por consenso y la atención dedicada a los tipos de lazos formados dentro de las agrupaciones, con especial interés en el cuidado. En el contexto del activismo, el arte tiene la capacidad de generar un quiebre en lo cotidiano mediante la construcción de situaciones envolventes que interrumpen las dinámicas y las reglas de los espacios, algo que habilita aperturas para momentos de creación prefigurativa. Ejemplos de ello son el teatro callejero y las *performances* masivas, que juegan a la vez con la idea de la transgresión y de abrir espacios de libertad, imaginación y construcción colectiva (Serafini, 2018b). En estas aperturas se pueden deconstruir los conceptos que sirven de base al sistema actual, así como visualizar y sentir, por ejemplo, diferentes ontologías, visiones de lo común y formas de relacionarnos con el territorio.

POÉTICAS DE LA RESISTENCIA

Las poéticas refieren al conjunto de códigos, recursos estéticos y lenguajes que constituyen las prácticas artísticas. Los capítulos que conforman este libro ofrecen una mirada sobre las distintas prácticas artísticas que forman parte de los movimientos ambientalistas, anti-extractivistas y que proponen alternativas al desarrollo en Argentina. Mientras algunos textos se presentan como crónicas y/o ensayos reflexivos sobre la propia práctica artística, otros ofrecen una mirada analítica sobre distintos fenómenos. Por otro lado, varios capítulos presentan un abordaje performativo: mientras proponen críticas al modelo extractivista, despliegan un repertorio de estéticas y poéticas de la resistencia. Aun cuando la cantidad y diversidad de prácticas artísticas que forman parte de la resistencia exceden los límites de este volumen, esperamos que sirva no solo como documentación y ejercicio de reflexión sobre el arte y las luchas contra el extractivismo, sino también como un disparador de nuevos proyectos y nuevas alianzas.

Los autores y las autoras aquí reunidos/as ofrecen diferentes perspectivas sobre el rol de las prácticas artísticas como vehículo de comunicación y transformación colectiva en los movimientos ecologistas y la resistencia al extractivismo.

En primer lugar, el capítulo de Silvana Buján ofrece una mirada crítica a las narrativas mediáticas en torno a la ciencia, el desarrollo y el ambiente. La autora analiza los recursos comúnmente empleados por los medios de comunicación masiva, con el objetivo de comprender cómo se construyen las narrativas hegemónicas que sostienen los procesos extractivistas. Su trabajo expone en primera instancia las estrategias comunicacionales a las cuales se enfrentan los movimientos ambientalistas, antiextractivistas, y aquellos que plantean alternativas al desarrollo.

Los siguientes cuatro textos presentan las perspectivas de artistas visuales que tratan en su obra diferentes aspectos del modelo extractivista. Eduardo Molinari, por ejemplo, nos invita a considerar la estética de la soja como sinécdoque del agronegocio. Mediante una práctica visual que deviene en archivo itinerante, aborda el desafío de visibilizar lo que yace detrás de la imagen inocua de un campo de soja. El capítulo siguiente, escrito por Azul Blaseotto, es una adaptación de la conferencia performativa que la artista presentó como parte del ciclo "Territorios en Conflicto" en el Teatro Cervantes, Buenos Aires, en 2017. El texto entrelaza la narrativa de un recorrido por el sur de la Ciudad de Buenos Aires con datos históricos que apuntan a visibilizar cómo se desarrollaron ciertas estructuras de la gran urbe, como así también los mecanismos de exclusión que se observan hoy en día en la ciudad. Por otro lado, Aurelio Kopainig presenta un pro-

yecto de investigación artística sobre los organismos genéticamente modificados (OGM). Finalmente, Julia Mensch gira el foco hacia las alternativas para llevarnos de viaje por la agroecología en Argentina, centrándose en figuras clave de la soberanía alimentaria, en un texto que forma parte de un cuerpo de obra investigativa sobre la temática.

Luego se ofrecen perspectivas del cine documental en el contexto de conflictos ambientales de la mano de Pablo D'Alo Abba, Abelardo Cabrera, Juan Pablo Lepore y Yasmín Dávalos. D'Alo Abba narra la experiencia detrás de la filmación del documental *Vienen por el oro, vienen por todo*, el cual retrata la historia del referendo sobre la megaminería en la ciudad de Esquel. El autor relata en primera persona cómo fue acercándose al conflicto central que se presenta en el documental, como también los desafíos a lo largo del proceso de filmación; así, nos introduce en las historias de vida de los protagonistas. Cabrera, por su parte, presenta una crónica de la filmación del documental *Río seco*, sobre la problemática del agua en Mendoza. Al igual que D'Alo Abba, Cabrera reflexiona sobre el proceso de construcción de la obra y sobre el tipo de estéticas que se generan en la filmación de documentales en torno a conflictos sociales. Juan Pablo Lepore y Yasmín Dávalos ofrecen un tercer capítulo que aborda el campo artístico audiovisual desde la perspectiva de una estética del cine urgente. El artículo traza la historia del documental de vertiente política en la Argentina para enmarcar la obra del Colectivo Documental Semillas en el contexto de la lucha antiextractivista en el país y en la región.

A continuación sigue el trabajo de Felipe Gutiérrez Ríos, que trata sobre la lucha de comunidades mapuche por sus derechos territoriales en el marco de conflictos resultantes de la expansión de la frontera extractiva en la Patagonia. Gutiérrez Ríos reflexiona sobre el rol de la comunicación en la resistencia, y estudia la experiencia de la banda de rock-ska mapuche Puel Kona. Las y los jóvenes de Puel Kona utilizan la música como canal de comunicación propio, retoman la palabra y narran en sus propios términos las injusticias que enfrenta el pueblo mapuche. Gutiérrez Ríos reflexiona sobre la importancia del arte en la lucha y relata la historia de este grupo de música, desde sus comienzos hasta su experiencia como banda soporte del legendario artista Roger Waters.

Luego se presentan experiencias en el campo de las intervenciones creativas en el espacio público. El trabajo pionero de Iconoclastas en el campo de las cartografías sociales gana relevancia a partir de una retrospectiva sobre su práctica de mapeo colectivo, donde se reflexiona sobre las herramientas de comunicación, en particular el rol y la circulación de los mapas en las luchas contra el extractivismo. Julián Pellegrini comparte las experiencias de contrapublicidad del colectivo Proyecto Squatters, que interviene publicidades en la vía

pública con la intención de crear rupturas en el discurso hegemónico. El texto repasa los principios sobre los que se basa la industria de la publicidad, para ofrecer después la perspectiva de la contrapublicidad como práctica colectiva de emancipación. A través de ejemplos y relatos, el autor nos ofrece una mirada desde el interior de este género de activismo urbano. Anahí Méndez ofrece un análisis de las prácticas socioestéticas en el movimiento animalista, reflexionando en primera instancia sobre las posibles manifestaciones del arte en los movimientos sociales, y enfocándose después en las acciones y estrategias comunicacionales de tres agrupaciones animalistas en Argentina.

Finalmente, el libro finaliza con el registro de un diálogo entre la escritora y curadora Gabriela Massuh y la antropóloga Florencia Tola, moderado por Gabriela Merlinsky. Situándose en las disciplinas de la literatura y la antropología, las autoras hablan de ontología, arte, política y alternativas al desarrollo, en un capítulo que –en tanto cierre del libro– invita a la reflexión sobre el dominio del paradigma moderno, las jerarquías de saberes y la urgente necesidad de un proyecto descolonizador.

UNA INVITACIÓN A LA REFLEXIÓN

Stengers y Pignard (2018) han caracterizado el momento actual como un período de catástrofe. Esta catástrofe no es solo la emergencia de diferentes eventos extremos causados por el cambio climático, accidentes tecnológicos, contaminaciones masivas, etc. Los autores señalan que se trata de la percepción de que no tenemos futuro. En ese sentido, la impotencia que sentimos es parte del problema, porque es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo. Solo tenemos a la mano alternativas infernales, cuya mayor fuerza simbólica es acallar los reclamos bajo el supuesto de que la resistencia llevaría a un camino sin salida. Las alternativas infernales son falsas dicotomías; por ejemplo: si quieres trabajo, tendrás que adaptarte al empleo flexible; si buscas mayor equidad salarial, tendrás riesgo de desempleo porque eso puede bajar el nivel de inversiones en la economía. O hay que aceptar el daño ambiental de la minería, o multiplicar los transgénicos, pues de lo contrario no habrá crecimiento económico. La única respuesta repetida para cualquier problema que entraña la crisis ambiental y la crisis civilizatoria es: “debemos esforzarnos para crecer.” Las alternativas infernales son estrategias que refuerzan la naturalización de la violencia y el sufrimiento capitalista y, en ese sentido, implican la captura del poder de actuar, de pensar, de existir y luchar.

Si la profundización de la desigualdad, el avance de la frontera extractiva y la crisis climática constituían ya un síntoma de una era de catástrofes, esto sólo se vio potenciado por la pandemia de enfermedad por coronavirus (COVID 19) que afectó a la mayoría de los países

del mundo a fines de 2019 y principios de 2020. Estamos hablando de una pandemia que tiene características de una catástrofe dado que para gran parte de la población derivó en nuevas alternativas infernales, como es la elección entre la subsistencia y la salud.

Desde hace muchos años los estudios del riesgo abordan los desastres como una interrupción en el funcionamiento de una comunidad o sociedad que causa una gran cantidad de pérdidas humanas, materiales, económicas o ambientales. Lo que define su condición es que estos acontecimientos exceden la capacidad de la comunidad o sociedad afectada para afrontar la situación *utilizando sus propios recursos*. Los desastres no son naturales porque son la concreción o actualización de condiciones de riesgo preexistentes. No son el resultado de “la furia” de la naturaleza. Los desastres hacen que los mercados colapsen, se modifiquen las prioridades y se dividan las opiniones. Pero también, los desastres hacen visible la ruptura que el capital produce en el metabolismo social. El capital modifica las condiciones ambientales de su propia reproducción, un proceso que, desde mediados del siglo pasado, se ha intensificado a partir de una penetración en la red de la vida.

Lo cierto es que los factores que generaron las condiciones para la expansión del coronavirus en humanos están directamente ligados al brazo extractivo del capital, específicamente el agronegocio (responsable por su rol en la cría de animales) y las industrias de hidrocarburos y minería (responsables de gran parte de la tala de bosques nativos). A su vez, la propagación de la epidemia expuso de manera cruda las grandes desigualdades de nuestro continente, donde altos niveles de hacinamiento y la negligencia de derechos básicos como el acceso al agua ponen en mayor riesgo a las poblaciones marginalizadas, dejando en evidencia no sólo quienes tienen derecho a la ciudad, sino también quienes tienen –o no– derecho a la vida.

La singularidad de este desastre es que nos cambia las coordenadas espacio temporales. La pandemia COVID 19 se ha expandido a una escala inédita, a una velocidad nunca vista y produce una profunda desestabilización en la forma que imaginamos el futuro. Por esa misma razón consideramos que las experiencias de arte y activismo que aquí se presentan son poderosas herramientas para evitar la muerte de la política, mostrar que hay alternativas y que nos corresponde el poder de actuar. Se trata de repoblar nuestra imaginación y responder así con visiones de mundos alternativos.

La circulación de imágenes, narraciones audiovisuales y obras de arte que mixturán aspectos lúdicos con la visibilización de diferentes problemas sociales y ambientales son potentes herramientas comunicacionales para dar lugar al reconocimiento de identidades y

derechos. El arte puede, a su vez, desafiar la temporalidad extractiva y generar aperturas para pensarnos de otra manera. No es solo un vehículo para la representación de teorías y narrativas o una búsqueda por examinar el lugar del ser humano en la naturaleza. En sus dimensiones relacionales y dialógicas, el arte nos permite construir experiencias en las que se recuperan saberes, se construyen procesos colectivos que inciden en lo social, lo económico y lo político. Se trata de experimentar distintas maneras de relacionarse con el territorio, con otros seres y construir apuestas para la defensa de lo común.

BIBLIOGRAFÍA

- Alimonda, Héctor (2011). La colonialidad de la naturaleza. Una aproximación a la Ecología Política Latinoamericana. En *La Naturaleza Colonizada. Ecología Política y Minería en América Latina* (pp. 21- 58). Buenos Aires: CLACSO.
- Alvarez, Sonia E., Dagnino, Evelyn y Escobar, Arturo (Eds.) (1998). *Cultures of Politics, Politics of Cultures: Re-Visioning Latin American Social Movements*. Londres-Nueva York: Routledge.
- Bang, Claudia y Wajnerman, Carolina (2010). Arte y transformación social: La importancia de la creación colectiva en intervenciones comunitarias. *Revista Argentina de Psicología*, (48), 89-103.
- Butler, Judith (1995). Burning Acts –Injurious Speech. En Andrew Parker y Eve Kosofsky Sedgwick (Eds.) *Performativity and Performance*. (pp. 197-227). Londres-Nueva York: Routledge.
- Demos, Thomas J. (2016). *Decolonizing Nature. Contemporary Art and the Politics of Ecology*. Berlín: Sternberg Press.
- Eagleton, Terry (2013). *How to Read Literature*. New Haven: Yale University Press.
- Gómez-Barris, Macarena (2017). *The Extractive Zone. Social Ecologies and Decolonial Perspective*. Durham-Londres: Duke University Press.
- Kester, Grant H. (2004). *Conversation Pieces: Community and Communication in Modern Art*. Berkeley: University of California Press.
- Lefebvre, Henri (1991). *The production of space*. Oxford: Blackwell.
- Longoni, Ana (2010). Arte y Política. Políticas visuales del movimiento de derechos humanos desde la última dictadura: fotos, siluetas y escraches. *Aletheia*, 1 (1), 1-23.
- Longoni, Ana y Bruzzone, Guido (Eds.). (2009). *El Siluetazo*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Maeckelbergh, Marianne (2011). Doing is Believing: Prefiguration as Strategic Practice. *Social Movement Studies*, 10 (1), 1-20.

- Melucci, Alberto (1996). *Challenging Codes: Collective Action in the Information Age*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Martínez Alier, Joan (2004). *El Ecologismo de los pobres: conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Barcelona: FLACSO Ecología-ICARIA Antrazit.
- Merlinsky, Gabriela (2017). Los movimientos de justicia ambiental y la defensa de lo común en América Latina. Cinco tesis en elaboración. En Héctor Alimonda, Catalina Toro Pérez y Facundo Martín (Coords.) *Ecología política latinoamericana: pensamiento crítico, diferencia latinoamericana y rearticulación epistémica* (pp. 241-264). Volumen II. Buenos Aires: CLACSO.
- Merlinsky, Gabriela (2018). Justicia Ambiental y políticas de reconocimiento en Buenos Aires. *Perfiles Latinoamericanos* (México) 26 (51), 241-263.
- Merlinsky, Gabriela y Serafini, Paula (2019). Arte y resistencias al extractivismo en Argentina. Lenguajes para defender y reinventar lo común. *Ecología Política*, (57), 81-85.
- Pal, Swati (2010). Theatre and Activism: The Agit Prop Theatre Way. *Music and Arts in Action*, 3 (1), 48-64.
- Pintos, Patricia y Narodowski, Patricio. (Coords.) (2012). “La privatopía sacrilege” *Efectos del urbanismo privado en los humedales de la cuenca baja del río Luján*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Polletta, Francesca (1998). Contending Stories: Narrative in Social Movements. *Qualitative Sociology*, 21 (4), 419-46.
- Rancière, Jacques (2010). *Dissensus: On Politics and Aesthetics*. Londres: Continuum International Publishing Group).
- Rosauro, Elena (2018). Ecologías políticas: extractivismo, sojización y deforestación en la cultura visual del siglo XXI. *MODOS Revista de História da Arte*, 2 (2), 33-52.
- Schindel, Estela (2009). Inscribir el pasado en el presente: memoria y espacio urbano. *Política y Cultura*, (31), 65-87.
- Serafini, Paula (2018a). Mediating Identities: Community Arts, Media, and Collective Identity in the Frontline Resistance to Fracking. *Journal of Cultural Analysis and Social Change*, 3 (2), 1-13. Recuperado de <https://doi.org/10.20897/jcasc/3992>
- Serafini, Paula (2018b). Performance Action: *The Politics of Art Activism*. Londres- Nueva York: Routledge.
- Stengers, Isabelle y Pignard, Philippe. (2018). *La Brujería Capitalista*. Buenos Aires: Hekht.